

molación y sacrificio de su patria en aras de extraña tierra y extranjera gente no podían ser en verdad más baladías. Fundábase para una infamia, para una traición así, tanto menos excusables, cuanto más reflexivas y secretas, en que Francia prestara importantísimos auxilios á su causa, y en que debía Escocia gruesas sumas á Francia. Tal documento, ideado por las ambiciones de los Valois, é impuesto á una Reina, más bien princesa de los Lorenas y Delfina de los franceses que soberana de Escocia y heredera de Inglaterra, debe tomarse muy en cuenta por la severa historia, si quiere comprender y explicar ciertas grandes tragedias, las cuales todavía hoy llenan de horror el ánimo y de luto el corazón. Allá, en el momento de la formación de las nacionalidades modernas por los reyes, actos de tal género tenían importancia suma y encerraban consecuencias transcendentales á la vida y al ser de los pueblos. Parece triste anticipación todo esto de lo realizado en las crisis francesas. Parecen los juramentos en público, revocados por juramentos en secreto, anticipadas lecciones para la traición terrible que debían más tarde cometer Luis XVI y su ciega esposa.

Así, no debe maravillarnos que, advertidas las muchedumbres por esas revelaciones interiores de la conciencia pública, muy propias para determinar movimientos indeliberados, pero infalibles de la opinión, opusieran recelos rayanos en resistencias invencibles á los proyectos de la Reina María y de su corte francesa. Dos elementos de combate la nación escocesa guardaba en aquel tremendo conflicto entre pueblo y monarca. Eran estos dos elementos, viejo el uno, y reciente ó joven otro, la nobleza histórica y la religión puritana. Por la nobleza histórica sublevábanse contra la Reina todas las tradiciones más respetables; y por aquel Cristianismo nuevo, aprendido en Ginebra, predicado por tribunos semi-profetas, lleno del espíritu democrático natural á la Helvecia republicana y no repulsivo á la Escocia parlamentaria, por el puritanismo de Knox, las ideas progresivas las fuerzas renovadoras, las clases depositarias del pensamiento y motoras del progreso, levantábanse á una en igual sentido y con mayor fuerza todavía que los poderosos y respetados patricios. Todas las victorias de los pueblos constitucionales y representativos sobre los poderes arbitrarios y absolutos se comprenden y explican por tal unión de clases. Lo mismo los aragoneses que los helvecios; lo mismo los anglo-sajones de Europa que los anglo-sajones de América; todos cuantos pueblos libres han recabado sus derechos á la resistencia de los viejos poderes históricos, para llegar á tan difícil y lisonjero logro, se han apoyado en la unión de las clases, opuestas é irreconciliables entre sí en los pueblos embrutecidos y desgarrados por el feroz absolutismo. La revolución francesa fué cruentísima por no haber durado hasta el fin la unión de aquellas clases que proclamaran unidas los humanos derechos. Concertados los Lores antiguos y los Profetas modernos, se concertaban la tradición y la idea, sin que pudieran hallar en el trono y en el clero posible resistencia, todo esto al revés, muy al revés de lo sucedido en Francia más tarde. La go-

bernadora, María de Lorena, muy exaltada, como madre, á favor del trono de su hija; y más exaltada, como católica, á favor de los privilegios de su Iglesia, entendió que todos los combates con los Lores y con los puritanos la conducirían á una serie de derrotas parciales, cuyo resultado traería una total catástrofe, y se avino á indispensable concordia. Contaban la Regente y la Iglesia con el apoyo de Francia, donde acababa de morir Enrique II y de llegar al trono María Estuardo; mas los protestantes y los Lores contaban con el apoyo de Inglaterra, quien mandó tropas de refresco á la Confederación revolucionaria, logrando con la toma de Leith, donde la tradición guardaba su mayor fortaleza, una ruidosa victoria. Así representan los extranjeros un papel tan importante de anti-guo en las revoluciones británicas como el que representarían en la Revolución francesa. La Regente murió del esfuerzo que le costara considerar como rivales á los que había considerado como rebeldes, y mandar con embajadores mensajes de paz á quienes mandara como heraldos amenazas de castigo. La monarquía escocesa pasó, en este gran conflicto, por muerte casi á un tiempo de María de Lorena y Enrique II, á manos de dos Reyes jóvenes, asentados en el trono de Francia, y decididos á emplear cuantos medios les procuraba su reciente situación para reconstituir su secular autoridad. Mas, aquel pueblo, acostumbrado al gobierno de sí mismo por medio de los saludables expedientes parlamentarios, ocurrió á la muerte de su Regente y ausencia de su Reina con el nombramiento de un Consejo, que conyino en expulsar á los franceses; prohibir el nombre de Reyes británicos, tomado por Francisco y María; establecer un gobierno parlamentario con delegaciones de las Cámaras, y pasar del antiguo régimen absoluto al nuevo régimen representativo. La Constitución, que contenía todas estas cláusulas, se denominó «Tratado de Edimburgo», por provenir de un pacto entre los vencidos partidarios de la Reina y los vencedores partidarios de la Revolución. Congregáronse las Cámaras bajo los pliegues del vacío dosel, que asombraba las gradas del viejo trono; veíase tan sólo el símbolo, á saber, sobre cojín de terciopelo el cetro y la corona; por el banco de los eclesiásticos notábase la soledad proveniente de la deserción, á su vez proveniente de la derrota; y en los demás bancos, los viejos Lores, á una ceñidos de recuerdos gloriosos y blasonados por históricos timbres, junto á los nuevos cristianos poseídos de profética visión, y ufanos con creer llegada, merced á sus revelaciones y á sus plegarias, la República cristiana, ó el reinado exclusivo de Dios sobre la faz del planeta. Triste pacto aquel para los dos Reyes franceses, embebidos en las máximas realistas, pagados de su autoridad absoluta, resueltos á combatir la Reforma en todas partes, pupilos de aquella dinastía de los Guisas, destinada en el ardor de los combates á fundar la liga de los católicos en defensa del antiguo derecho de la Iglesia. Por manera que, al presentarse los enviados del Parlamento escocés para someter á la sanción regia el pacto de Edimburgo, María, herida en su orgullo de Reina por la organización del nuevo gobierno, y en su fe de católica por el triunfo de



la nueva Iglesia, mostróse colérica, y respondió á las instancias más reverentes y sumisas con regias y soberbias amenazas. Bien puede asegurarse que aquí, ahora, en esta crisis histórica, empieza el conflicto secular entre la Monarquía y la religión, del cual conflicto surgieron los patíbulos del desdichado Estuardo en Londres y del desdichado Borbon en París. Y ante tales patíbulos, predecesores, el uno en más de dos siglos, el otro en más de un siglo, el patíbulo de Luis y Antonieta, ¿no veis que la Historia no sirve para cosa ninguna en el ánimo de los privilegiados, los cuales ni aprenden jamás, ni escarmientan en cabeza ajena?

Un accidente frustró los proyectos de María, deshojando á sus pies la corona de ilusiones, que la exaltación reciente al trono de Francia le ciñera por su mal á las sienas. Francisco II, primogénito de Catalina y Enrique, murió á fines de 1560. Reina de Escocia á los seis días de su nacimiento; Delfina de Francia, por sus esponsales, á los ocho años; soberana real de ambas naciones, por su matrimonio, á los quince; viuda de un Rey, á quien había con amante desvarío querido, á los diez y ocho; todo este tropel de dramáticas circunstancias resultan como augurios siniestros de su predestinación á una suprema tragedia, cual sucede con los relámpagos que anuncian el infortunio de Antonieta. Aquellos grandes trágicos antiguos que supieron hallar en la historia de su patria los personajes más luctuosos, y en las cuerdas de su corazón las notas más tristes; aquel dramático por excelencia, que ha dado carne y hueso y sangre á las grandes pasiones, al amor, á los celos, á la envidia, y sobre todo á la ambición, Shakespeare; los inmortales dioses del primer teatro moderno, del teatro español; todos los maestros en el arte de representar los grandes conflictos humanos, han puesto en las primeras escenas de sus mayores tragedias, ó una sombra, ó un oráculo, cualquier presagio, que, anunciando desde las primeras escenas el terrible fin de sus héroes, señalados por un destino implacable, y quizás por su propia grandeza y heroísmo á una inevitable catástrofe, les diese el grandor de la fatalidad. Pues la historia, la seca historia, la veraz historia, presenta en la vida de todas las grandes víctimas, una especie de augurio tal, que la realidad resulta el más trágico de todos los escenarios conocidos y la Providencia el mayor y el primero entre todos los poetas trágicos. Se necesita sentir por los tiempos del Renacimiento la inquieta curiosidad que ha sentido siempre quien estas líneas escribe, para comprender todo el espacio mediante á la sazón aquella entre un matrimonio y una viudez, como el matrimonio y la viudez de María, y entre un trono tan espléndido como el trono de Francia y un trono tan sombrío como el trono de Escocia. Así la desdichada se recluyó en su cámara como en silenciosa tumba. Los embajadores enviados para en su duelo asistirle y darle de sus varios compañeros el consolador pésame, no alcanzaron llegar á su presencia, como si la encerrara en Saint-Denis el mismo ataúd en que dormía su malogrado esposo. Del fondo de los palacios pasaba la viuda joven al fondo de los claustros, como si quisiese

consagrar perpetuamente al dolor y al recuerdo su juventud y su hermosura. En vano Isabel I pensaba en el segundo matrimonio de María como en el mayor negocio de su Estado; en vano Felipe II conminaba para lograr el casamiento con su hijo Carlos, temiendo el enlace con un príncipe francés, que podría constreñirle á él mal de su grado á una inteligencia con su mayor enemiga, la poderosa reina de Inglaterra; en vano el hijo de Gustavo Wasa de Suecia y el rey Federico II de Dinamarca reclamaban su corazón; María se iba por los conventos de Reims, donde las hermanas de su madre ocupaban el cargo de abadesas, y se recluía en su dolor, tanto más vivo, cuanto que lo agravaba la consideración de los males sobrevenidos, no sólo sobre su persona, sobre su trono, por el establecimiento de la Reforma, el reinado de la nobleza, el triunfo de las armas británicas sobre sus armas, la expulsión de los franceses, la influencia de las Cortes, el cambio de los ánimos, el relampagueo de las ideas, el predominio de un cristianismo republicano, la derrota de su antigua tradicional autoridad, la proscripción de su Santa Madre la Iglesia. Brantone, ilustre historiador de todas estas reinas, describela con vivos colores; solitaria en sus paseos, vestida con sus negros ropajes de viuda, tocada con su rebecillo blanco; el libro de oraciones en la mano, el rosario de Santo Domingo en la cintura; trémula si alguien la veía como la cierva sorprendida en la soledad selvática; y para su consuelo, componiendo versos, en los cuales pintaba cómo había visto yerto á su esposo, paralizado el corazón, extinta la mirada, llevándose consigo las rosas de una risueña primavera, y dejándola en el desierto de una tristeza sin término, á la cual son lágrimas las gotas de rocío, tinieblas las alboradas, lutos las florescencias, elegías las auras, el universo entero un panteón rematado por la estatua de un dolor, tras cuyas tinieblas no descubría más esperanza que los senos y los regazos de la muerte.

No tuvo María otro remedio que abandonar á Francia y partirse para Escocia. Las Cortes le habían mandado emisarios á conjurarla de nuevo para que sancionase los convenios de Edimburgo; y nada consiguieron. María tuvo que pedir un salvo-conducto á Isabel de Inglaterra, en precaución del arribo á sus costas, y se lo negó á la infeliz, recordando la negativa de María tenaz á la sanción de los convenios. Al recibir al embajador que le noticiara tan cruel repulsa, María presintió que si un viento contrario la echaba sobre Inglaterra, hallaría en ella, no el asilo á que le daban derecho su sexo, su condición y su sangre, sino el cadalso y la muerte. Bajo este trágico presentimiento se dirigió á su reino. Los jardines de San Germán, las solvas de Fontainebleau, las estatuas de los primeros escultores, las cresterías de los grandes palacios, los coros acompañados de liras cantando los versos del tiempo, las pinturas inspiradas por el genio de Italia que acompañaban los certámenes literarios y los bailes continuos; el esplendor de los torneos donde se presentaban los combatientes con sus armaduras cinceladas; el prestigio de un culto celebrado entre nubes de incienso por un clero vestido con toda suerte de brocados, sobre cuyos



iris sembraba chispas de luz la rica pedrería; todos aquellos encantos realzadísimos por el amor y la juventud, se quedaban risueños en las costas de donde la joven reina se partía, mientras los bosques umbríos de melezos verdinegros, las nieblas espesas formadas por vapores cenicientos, los castillos ceñudos y las chozas inhospitalarias, una férrea nobleza de feudal temperamento, y una severa religión que proscribía todo espectáculo, todo arte, toda magnificencia, todo esplendor, la esperaban ¡ay! en el reino donde iba; extranjera y soberana juntamente allí; sin comprender sus instituciones y sin compartir sus creencias. No dejó, pues, de mirar un punto las costas de Francia en la tarde siniestra de su embarque. Y conforme la iban los vientos alejándola, caíanle con mayor abundancia las lágrimas y se le partía en sollozos amargos el dolorido pecho. Ya era de noche; ya estaba como sumergida en los espacios oceánicos; y aun preguntaba con grandes instancias al timonero hacia qué parte caía la perdida mansión de sus amores. A la mañana siguiente aún pudo verla, y despedirse con sin igual ternura, y con la tristeza del suicida que rompe cuantas ligaduras le atan á la tierra. ¡Cuál no sería su extrañeza y su dolor al desembarcar en Escocia, y encontrarse, no las áureas literas y carrozas de París, las desnudas hacaneas de los montes; no los cortesanos vestidos á la usanza italiana, los guerreros en armas; no los coros acompañados por las liras, los violines rascados con groseros arcos y las flautas pastoriles; no los artistas de verdadera inspiración, ceñidos con sus coronas proféticas, no, los santos del nuevo Cristianismo, austeros, tristes, sómbríos, con sus sermones de moral, sus prácticas de penitencia, sus salmos de terrores y de amenazas; no la Francia del Renacimiento, la Escocia de la Revolución. Y esta Revolución era para su corona un abismo.

Guardados estos ejemplos fielmente, volvamos á la revolución francesa los ojos, en la seguridad completa de que su movimiento no fuera singular y aparte, sino condensación verdadera de los tiempos anteriores, consecuencia lógica de las ideas por el humano saber sembradas, fruto sazonado del espíritu en su progresivo y necesario desarrollo. Conspiraban los reyes y la corte; no tenían más remedio que conspirar las escuelas y los clubs políticos. Antonieta se agitaba mucho; el Rey, sin soltar el hilo de su conspiración, permanecía en una serenidad rayana con la indiferencia. Bien podía la ola pasar por encima de su cabeza: él continuaba comiendo á dos carrillos y machacando en su yunque. Así el diario suyo sólo contiene dichos y hechos baladíes, de los que confunden á los reyes con toda la especie humana. En el viaje de sus bodas apunta lo que sigue: «Día 13, partida de Versalles, pernoctación en Compiègne; día 14, entrevista con la señora Delfina; día 15, comida en la Muette y en Versalles noche; día 16, mi boda, fiesta regia en la Ópera; día 17, representación del Perseo; día 18, cacería de ciervos; día 19, fuego de artificio; día 31, he tenido una indigestión». Tampoco se altera, pues, cuando las catástrofes crujen sobre sus sienes y amenaza caer sobre su persona la máquina celeste. Mientras Antonieta, in-

quietísima, nerviosa, toma las actitudes trágicas connaturales á tan grande tragedia; coge como un arma defensiva su pluma y escribe nerviosamente clamorosas intimaciones á sus coligados, pidiéndoles, en el naufragio deshecho, socorro inmediato; Luis XVI, tras la irrupción del pueblo dice tan sólo: «Asunto de las Tullerías», y cuando todo relampaguea, el suelo tiembla, el rayo estalla, el viento ruge, los gritos de maldición aumentan, el día veinticinco, vísperas del Manifiesto realista: «paseo después de misa por el jardín en compañía de mis hijos para ver los milicianos nacionales». Y parece imposible, pues á los desacatos de su pueblo, se unían los desdenes de sus propios hermanos. Así, como dirigiese á éstos una indispensable notificación de acuerdos legislativos y ministeriales, poniéndoles príncipes franceses en el sobre, se la devolvieron diciendo que no eran ellos príncipes franceses, que eran príncipes reales. Por estas y otras causas el poder delegado en su persona caía poco á poco, según la deficiencia ó el desdén suyos, desde sus manos en manos del Cuerpo Legislativo. Nadie sabe quienes son sus ministros, cuando estos ministros no pertenecen al partido revolucionario. El nombre de los designados por él desaparece así en la ignorancia del pueblo y en la omisión del tiempo. Mientras tanto no hay diputado, ni folletista, ni escritor, siquier sean mínimos, del partido revolucionario que carezca de celebridad rudosísima. Consecuencia de esto: confusión de poderes y nombramiento por el poder legislativo de comisiones parlamentarias, usurpadoras del poder ejecutivo. Las conspiraciones palaciegas, no conocidas á ciencia cierta, pero adivinadas por todos; los desplantas de Lafayette, al abandonar el ejército para meterse con el Congreso; las delaciones hechas en la tribuna parlamentaria y en la tribuna jacobina del Comité austriaco fomentando y encendiendo la reacción y preparando el combate; las relaciones divulgadas de los planes acariciados por la realza invasoras del suelo patrio; la perfidia del Monarca y la neurostenia de su mujer produjeron poco á poco aquellas comisiones legislativas, ministerios verdaderos, las cuales suprimían el poder real mucho antes de su deposición y de su enterramiento. Este fenómeno de la usurpación del Poder Ejecutivo por el Poder Legislativo comienza muy pronto y se origina de crisis fatales, producidas en su mayor parte por las ciegas resistencias monárquicas. Trasladados los reyes de Versalles á París, tomada la Bastilla, declarados los derechos humanos; el impulso revolucionario por la izquierda y por la derecha el pesimismo resistente, generan catástrofes como el saqueo de los castillos feudales, el incendio de los monasterios antiguos, el proyecto acariciado en Bretaña por sus nobles de llamar los ingleses para que ocupen á Brest, haciendo que un diputado proponga el nombramiento de una Comisión, destinada por el Congreso á investigaciones, la cual persiga todos los conatos de rebelión y castigue á todos los enemigos de la libertad y á todos los enemigos de la patria. Muchos diputados temen ver un Tribunal del Santo Oficio en este Tribunal de la francesa revolución y se oponen; pero Chapelier presenta el cuadro de los peligros que amenazan, de las conspiraciones que se urden, de